

PEREGRINACION DE UN ALMA.



El Hijo de Dios se hallaba sentado en su Divino Tribunal, alrededor del cual repercutia sordamente el trueno.

Rodeando el Trono y en compactas filas cerradas, se veia una cohorte de arcángeles con espadas flamígeras, y al pié del mismo, las sombras de los recién nacidos, muertos apénas humedecidos por el agua bautismal.

¡Inocentes almas, que no habiendo tenido necesidad de aguardar el fallo del Eterno, volaban ligeras al Cielo!

Tantas eran las que de esta clase voltegeaban junto al Señor, que se parecian á las innumerables hojas secas que arranca de los árboles el torbellino de otoño.

Una de estas almas, más sutil é impalpable que las otras, se mantenía algo separada de ellas; era el espíritu de una pobre criatura, muerta en el instante en que sus pupilas se abrian á la luz de la tierra. Su existencia en el mundo habia durado lo que se tarda en forjar el pensamiento en la imaginacion, y ántes de que pudiese sentir la vida, habia muerto.

Así que la infeliz nada sabia de las miserias mundanas, pero en ella brillaba ese don celeste que Dios concede á contadas criaturas.

En el momento de nuestra historia, Jesucristo se preparaba á juzgar las nuevas almas que la muerte llevaba sin descanso á los piés del Tribunal.

Un numeroso grupo de ellas aguardaba con natural impaciencia y consiguiente temor, el fallo que habia de imponerles la recompensa ó el castigo, segun sus merecimientos, y de entre algunas salian lastimeros ayes y tristes quejidos motivados por la duda y la zozobra.

—¡Ay de mí!, clamaba una, ¿qué pena quereis que la Justicia divi-

na imponga á un desdichado como yo, que toda la vida ha estado viviendo del sudor de su frente? ¿La existencia no ha sido para mí un purgatorio?

¿Qué recibí al nacer, sino la facultad de sufrir y de prolongar mis sufrimientos con el duro trabajo?

Nuestros primeros padres fueron justamente castigados porque probaron voluntariamente y con delicia de la fruta prohibida; más yo he arrostrado dolorosamente y sin desearlo el fruto amargo del trabajo y el pecado.

—¡Ay hermana! ¿qué diré yo, replicóle otra, cuando tú no temes la cólera del Todopoderoso?

¿No me ha hecho pasar cuarenta años de fatigas en medio de las mayores privaciones y las torturas de la guerra?

Mi brazo empuñó el fusil hasta descoyuntarme, vertí mi sangre gota á gota por sinnúmero de heridas en infinitos combates. He abandonado á mi madre en la edad en que se comienza á amarla; nunca tuve compañera, ni por consiguiente sucesion, ¿y Dios mismo podia haber inventado un suplicio más atroz?

—Compañeras, ¿qué significan vuestras quejas, añadió una tercera, comparadas con las que os voy á exponer?

Las contrariedades de la vida os han puesto tristes, pues á mí son sus dulzuras las que me hacen lamentarme amargamente.

Poder, riqueza y honores, de todo he disfrutado lo suficiente para cerciorarme de que no era más que vanidad y humo.

Rey de los hombres, los miraba desde muy alto para convencerme de su ingratitude, de su bajeza y de su avaricia.

La maldad y corrupcion gobiernan la tierra; yo he reinado guardándolas á mi derecha é izquierda como dos ángeles exterminadores, pese á mis buenas intenciones. Si Dios me condena ¿cómo ha de absolverse á sí mismo, si al concederme el poder, no me ha dado ayuda, consejo ni guía?

De esta suerte murmuraban las tres sombras malditas del pobre, el soldado y el monarca, con el presentimiento del anatema condenatorio pronto á caer de los lábios del Señor, y la jóven alma de que hemos hecho mencion, escuchaba llena de asombro. Impresionada por lo que acababa de oír, sentia titubear su fé en la equidad de la Justicia Divina, y se preguntaba con terror si realmente el Padre Eterno habia impuesto á sus criaturas sacrificios superiores á sus fuerzas y

si la vida por lo tanto no era para los hombres más que una horrible tortura,

El Hijo de Dios, que de una mirada lee en las almas de los mortales, adivinó estas dudas, y le dijo:

—Los lamentos de esos malditos te han contristado.

Buscas lo que es esa vida terrenal dada por mi Padre al hombre para prueba, y temes que haya enviado sus hijos á las tinieblas subterráneas sin luz que guíe su camino. Vete, vete, á juzgar por tí misma, y que tu experiencia sirva de fallo á esos tres réprobos.

Transfórmate sucesivamente entre los hombres, en cada una de sus condiciones, y terminada la prueba, vuelve para que decidamos de su suerte. Y como Dios era el que lo decía, su voluntad se vió inmediatamente satisfecha.

La inocente alma volvió á la tierra y comenzó la triple peregrinacion que le habia sido impuesta, mientras que los muertos que debia salvar ó perder, esperaban en el limbo el resultado de la correría.

Llegó por fin el término fatal, y el alma viajera compareció con la exactitud de un reloj ante el tribunal del Hijo de Dios.

Próximas á Él se encontraban las tres feroces sombras del pobre, el soldado y el monarca.

—Habla, le dijo el Juez Supremo á la recién llegada, y haz resaltar á los ojos de los presentes la justicia ó iniquidad de mi Padre.

Viviste del trabajo de cada día como esta primera sombra; ¿sufriste todas las privaciones que la misma manifiesta haber sufrido?

—Sí, respondió el alma, y quizás mucho más, pero una estrella brillaba en medio de mis miserias, estrella que Tú nos has dado por guía, y que me ha permitido soportarlo todo sin desanimarme.

Cuando el frío, la consuncion ó la pobreza vencian mis fuerzas y no veía á mi alrededor más que un árido desierto de mendicidad, el brillo de la estrella me mostraba, como en un espejo, el mundo, en el que cada uno es recompensado ó castigado segun sus obras. Entónces cada privacion me parecia un mérito hecho para ganar el cielo, y la resignacion dulcificaba mis dolores.

La estrella que he citado se llama la *Esperanza*.

—¿Y cómo tu frágil cuerpo ha podido soportar las fatigas de la guerra?

¿Cómo tu alma no ha cedido al contagio de la violencia ó la cobardía?

—Tú mismo, Jesús, me evitaste esa desgracia, dándome á defender un país noble y religioso.

¿No me confiaste una mision de generosidad y valor?

El hombre que se bate mercenariamente, puede ser víctima de su pasion, pero el que combate por los derechos que Dios le ha confiado, no obedece ni al interés ni á la cólera, cumple un deber, y lo hace con entusiasmo.

Avanza en el fragor de la batalla con el pensamiento religioso ante sus ojos, y así las fatigas son más ligeras y las heridas ménos dolorosas; camina seguro de que sigue la verdadera ruta, y provisto de su impenetrable coraza, la *Fé*.

—Nos queda la tercera prueba, arguyó Cristo, porque tambien has habitado en un palacio con la corona en la frente y los piés en la muchedumbre. Al ménos no habrás tenido que soportar en tal posicion las heridas de las batallas ni las carencias de la pobreza.

—Cierto, replicó el alma viajera, pero en cambio tenia la pereza de la inaccion y las tentaciones de la opulencia.

Alejado de las miserias, las olvidaba, y las diversiones y orgías eran para mí artículos de primera necesidad.

Colocado en tan elevado puesto, despreciaba á los hombres, pues que los veia tan débiles y pequeños que mi estimacion se debilitaba instantáneamente. Mi pueblo era como un hormiguero, al que de una simple patada podia yo destruir: y mi corazon, hastiado de placeres, hubiera admitido el mal sin la presencia de un ángel colocado junto á mí, y que me entretenia en mis ócios, me aconsejaba dulcificase mi orgullo, recordándome sin cesar que los más humildes y los más débiles no habian dejado de ser mis hermanos; el nombre de este ángel es el de la *Caridad*.

El alma calló, y levantándose Jesús de su dorado trono, pronunció las frases siguientes:

—Los pecadores saben ahora que mi Padre no ha dejado al hombre sin recursos, en medio de los infinitos obstáculos de la vida.

Si sucumben, es porque renuncian á los tres dones *Fé*, *Esperanza* y *Caridad*.

Donde las tres sombras malas no han hallado más que la desgracia, un alma pura y buena ha encontrado la felicidad.

La vida terrenal dada por mi Padre á las criaturas, se parece al agua que cae de las nubes; si la recogéis en un corazon limpio como

la roca, la notaréis dulce al gusto, pero si la recibís en el fango no será más que un brevaje inmundo.

«No hay paz en la tierra sino para los hombres de buena voluntad.»

ALFREDO DE LAFFITTE.

IPUI BERRIYAK.¹

AZALKAYA: Sayatu ezkeru,
zerbait da espero.

Burrioi zarra eta gaztia.

Burrioi bi ziraden
elkartu batian,
bat zarra chit, bestia
gaztia artian;
elur denbora zan, ta
jatekorik biyak
ezin billatu zuten,
zebiltzan plakiyak;
zarrak esaten ziyon
beti gazteari;
«aditu-zak, zer zaigun
komeni biyari.

Nola len asko jaten
ibilliyak geran,
billaturik zer jana
non nai ta aukeran,
orain pazientziyan
ibilli gaitian,
alik-eta elurrak
chit urtu artian.

Ez dek komeni beti
ondo izatia,
baizik on, eta charrak
denak supritzia».
Gaztiak ikusirik
arto-alecho bat,
esan zuben, «ederki
zeturrek neretzat»;
zarrari kasorikan
batere egin gabe,
nai izan zuben egin
alea-ren jabe;
beriala juan eta
gogoz ziyon eldu,
baña bere biziya
an zuben bukatu;
mutill koskorrek zuten
an tranpa jarriya,
arrapatzia-gatik
ez-jakin choriya.

(1) Fábulas premiadas con un objeto de arte en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1886. (Véase pág. 85.)